UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

LA CERÁMICA CHIRIGUANA

POR

FÉLIX F. OUTES
Secretario y director de publicaciones del Museo de La Plata; profesor en las Universidades de La Plata y Buenos Aires

[De la Revista del Museo de La Plata, tomo XVI (segunda serie, tomo III) páginas 121 á 136]

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE CONI HERMANOS
634, PERÚ, 634

1909
Apareció el 15 de junio

LA CERÁMICA CHIRIGUANA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

LA CERÁMICA CHIRIGUANA

POR

FÉLIX F. OUTES
Secretario y director de publicaciones del Museo de La Plata; profesor en las Universidades de La Plata y Buenos Aires

[De la Revista del Museo de La Plata, tomo XVI (segunda serie, tomo III) páginas 121 á 136]

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE CONI HERMANOS
684, PERÚ, 684

1909
Apareció el 15 de junio

Á EDUARDO ALEJANDRO HOLMBERG

AFECTUOSAMENTE DEDICA

ESTE ESTUDIO

EL AUTOR

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/laceramicachirig00oute

LA CERÁMICA CHIRIGUANA

Por FÉLIX F. OUTES

Secretario y director de publicaciones del Museo de La Plata; profesor en las Universidades de La Plata y Buenos Aires

---

No debe considerarse á esta memoria, como un estudio *exhaustive* á propósito de la primitiva industria alfarera de los Chiriguanos que pueblan el oriente de Bolivia. Si bien he reunido en las páginas que siguen todas las brevísimas referencias sobre el particular dispersas en la literatura que trata, casi siempre por incidencia, de la ergología de aquellas agrupaciones indígenas, apenas constituyen un conjunto exiguo, que contrasta, singularmente, con la abundancia relativa del material que me ha proporcionado, con verdadera gentileza, mi viejo amigo don Eduardo Alejandro Holmberg, obtenido por él mismo durante el viaje que ha realizado á algunas provincias de Bolivia, bajo los auspicios de *Caras y Caretas,* la progresista revista informativa bonaerense.

Debo creer, pues, que se trata de un vasto campo de investigación recién explotado, y en el cual los especialistas realizarán, sin duda alguna en un futuro próximo, observaciones más amplias y prolijas, mediante las cuales podrá entonces estudiarse en su completo desarrollo, la evolución morfológica de los vasos y el proceso de estilización de ciertos curiosos motivos ornamentales que mencionaré oportunamente.

Pienso, no obstante, que los antecedentes diversos sintetizados en esta ocasión, son los más completos publicados hasta la fecha; y en cuanto á los reunidos por el señor Holmberg, quizá los más numerosos, desde que el material llevado á Europa por los miembros de la Misión Científica Sueca presidida por el barón Erland Nordenskiöld, se ha reputado insuficiente: *Das von v. Rosen mitgebraehte Material* — dice su distinguido jefe, en una publicación reciente — *reicht zu einem näheren Studium derselben nicht aus* [1].

[1] Erland Nordenskiöld, *Einige beiträge zur Kenntnis der Südamerikanischen Tongefässe und ihrer herstellung,* en *Kungl. Svenska Vetenskapsakademiens Handlingar,* XII, número 6, 12. Uppsala y Stockholm, 1906. Cada una de las memorias publicadas en las *Handlingar,* llevan foliación aparte.

El modelaje de alfarerías constituye, desde hace largo tiempo, la industria practicada más intensivamente por las agrupaciones de Chiriguanos.

Como entre otros muchos *Naturvölkern* americanos, las mujeres ancianas están encargadas de la fabricación de tiestos de barro [1]; pero, desgraciadamente, muy pocas observaciones se han verificado sobre el proceso de manufactura seguido por esas primitivas alfareras. Los menudos, aunque siempre interesantes antecedentes, á propósito de la obtención de la materia prima, su preparación, el comienzo de modelaje de los fondos, etc., faltan por completo.

Los datos más prolijos sobre las operaciones ulteriores, publicados hasta la fecha, los ha proporcionado un manuscrito, aun inédito, del misionero fray Doroteo Giannecchini, el que contiene interesantísimas observaciones sobre la ergología de los Chiriguanos [2]: *Ammollata una certa quantità di creta* — dice el doctor Domingo del Campana, quien lo ha utilizado y resumido casi integralmente — *prendono un frammento di qualche vecchio vaso e lo riducono in polvere. Staccata quindi un poco di creta dalla massa preparata la mischiano con parte di questa polvere e cominciano ad impastarla fino a darle la consistenza necessaria a ridurla ad un bastoncello della lunghezza e grossezza voluta. Questo viene poi avvolto sopra sè stesso in largo spirale, al primo bastoncello se ne aggiunge un secondo, un terzo e così via finchè il vaso non ha raggiunto la forma e le dimensioni dovute. Nel far questo si ha cura intanto che l'argilla si saldi perfettamente de tutte le parti e si usa a tale scopo un guscio di conchiglia (Anodonta) o qualche sasso (ittancúa), oppure un scheggia di canna ó finalmente anche un torso di granturco* [3].

En Tarairí, pudo ver el señor Holmberg á una alfarera indígena en plena labor. Sentada en el suelo ante una red de chaguar *(Acchmea polystachya* Mez y á veces *Bromelia Hieronymi* Mez) [4] sobre la cual había colocado la pieza en elaboración para evitar, así, que el polvo del terreno se adhiriera al fondo recién terminado, superponía hábilmente los rodetes de arcilla que aplanaba y consolidaba valiéndose de la yema de los dedos índice y medio; luego, con el objeto de hacer desaparecer las pequeñas asperezas ó granulaciones de la masa, rascaba el interior y exterior del vaso con el dorso de las uñas de las manos

[1] Nordenskiöld, *Ibid.*, 6.

[2] El manuscrito del padre fray Doroteo Giannecchini se halla en poder del padre de la misma orden fray Sebastián Pifferi, quien realizaría obra buena si decidiera su publicación.

[3] Domenico del Campana, *Notizie intorno ai Ciriguani*, en *Archivio per l'Antropologia e l'Etnologie*, XXXII, 54. Firenze, 1902; confirmado, en parte, por Nordenskiöld *(Ibid.*, 8).

[4] La red á que me refiero en el texto es llamada *yica* por los Chiriguanos.

izquierda y derecha, respectivamente; y, cuando hubo terminado su obra, no sólo pulimentó la superficie externa con el fragmento de caña á que alude el texto de del Campana, sino que completó esta parte del trabajo mediante una vieja cuchara, usada á manera de espátula.

En tal forma se fabrican los vasos comunes y los de gran tamaño; aunque para conocer el proceso de manufactura con todos sus detalles, sería menester observaciones referentes á la manera cómo se prepara el labio, el cuello de las jarras, y las asas de que muchos están provistos. Las piezas de pequeño tamaño se modelan directamente en un bloque de arcilla blanda, excavándolo y ensanchándolo con las manos [1].

Costruito il vaso — agrega del Campana — *prima di cuocerlo si espone al sole per far prendere alla creta un po' più di consistenza, dopo di che la fabbricatrice ne liscia ancora una volta le pareti coll'îttancúa e quindi procede alla cottura. Ciò ella esegnisce ammucchiando torno torno al vaso dei pezzetti di legno ai quali pone fuoco avendo cura di surrogarne sempre altri finchè la terraglia non sia cotta completamente. Talvolta invece del legno si suole impiegare dello sterco di vaca ben secco* [2].

Haré notar que las supersticiones locales imponen, como condición imprescindible para el buen éxito de todas las operaciones enumeradas en los párrafos anteriores, que mientras dure la labor de la alfarera, no se le aproxime persona alguna y, mucho menos, que el visitante importuno sea una mujer en cinta [3].

Hasta ahora no se habían descripto, ni aun siquiera mencionado, las diversas formas que afecta comunmente la cerámica Chiriguana. Los numerosos apuntes y las interesantes piezas reunidas por el señor Holmberg, parecen corroborar la rápida referencia de Nordenskiöld: *Die Chiriguano haben zahlreiche verschiedene Tongefässformen* [4]. Creo, no obstante, que dicha riqueza es más bien aparente que real, pues los tipos verdaderos que encuentro son pocos; mientras el resto del material representa, sin duda, diferentes variedades de aquéllos, de los que se diferencian sólo por el tamaño ó particularidades de valor secundario.

Como no me encuentro en condiciones de realizar una estricta agrupación tipológica, desde que el material sería reducido para ello, voy á describir someramente los caracteres principales de las piezas puestas á mi disposición, y á las que he distribuído en orden tal, que un simple golpe de vista será suficiente para darse cuenta del probable desarrollo y evolución de las formas.

[1] Nordenskiöld, *Ibid.*, 7.

[2] Del Campana, *Ibid.*, 54.

[3] Del Campana, *Ibid.*, 54.

[4] Nordenskiöld, *Ibid.*, 18.

Los vasos más primitivos son hemisféricos (fig. 1); algunos con labio dirigido al exterior (fig. 31); provistos ó no en el borde, de asas verticales al plano ecuatorial; y, casi todos, sin asiento alguno. Á este mismo grupo de formas arcaicas pertenece el vaso subgloboso representado en la viñeta 2; con el cuello apenas esbozado, y provisto en el tercio superior del vientre de asas oblicuas al plano ecuatorial.

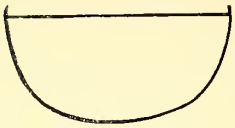

Fig. 1. — Tarairí, $^1/_{10}$

En segundo término se presentan numerosos ejemplares globulares, con cuello corto pero de gran diámetro (fig. 3), ó estrecho y más ó menos infundibuliforme (fig. 4). No tienen labio bien definido, pues todo el cuello se dirige suavemente al exterior. Muchas de estas piezas poseen asas que, desprendiéndose del borde, describen una curva que termina en el vientre (fig. 3). Por lo demás, ofrecen sin excepción alguna, cierto aplastamiento del fondo que asegura su estabilidad al colocarlas sobre el suelo. Es indudable, asimismo, que las jarras globulares que fabrican las alfareras Chiriguanas, y cuyo tipo es bien sencillo por cierto (fig. 5), representan una variante introducida en la forma de que me he ocupado, consistente, tan sólo, en la mayor elevación y estrechez del cuello y en el modelaje de una sola asa en vez de dos [1].

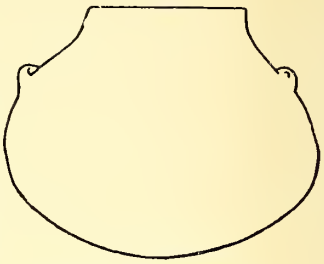

Fig. 2. — Tatarenda, $^1/_8$

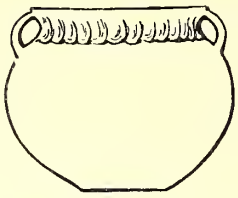

Fig. 3. — Tarairí, $^1/_{16}$

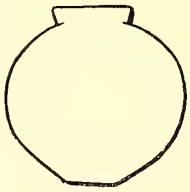

Fig. 4. — Tatarenda, $^1/_{16}$

Fig. 5. — Tarairí, $^1/_4$

He encontrado, luego, un grupo caliciforme, ápodo (fig. 6), que ofrece muchas variedades. Así, en unos casos, la parte superior estrangulada produce un cuello corto de paredes verticales y gran diámetro, con labio estrecho, plegado nítidamente al exterior (fig. 7); mientras en otros, y es lo usual, el cuello todo se inclina hacia afuera (fig. 8). Conserva siempre el aspecto ventricoso producido por la estrechez del cuello, si bien las proporciones entre el diámetro ecuatorial y el vertical varían notablemente. En algunos (fig. 9), este último es reducido, mientras el cuello y vientre alcanzan gran desarrollo; en otros (fig. 10 y 11) la altura

[1] Nordenskiöld ha reproducido en su memoria tantas veces citada, una jarrita del tipo de que me ocupo en el texto (véase, *Ibid.*, 12, fig. 10).

predomina ligeramente; aunque los hay, también, con el diámetro ecuatorial doble del vertical (fig. 12). Á medida que las piezas de este grupo

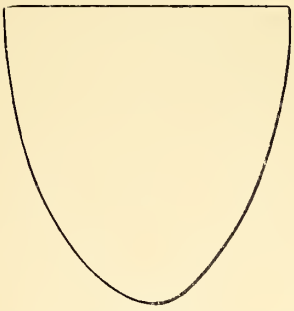

Fig. 6. — Abapó, $^1/_{23}$

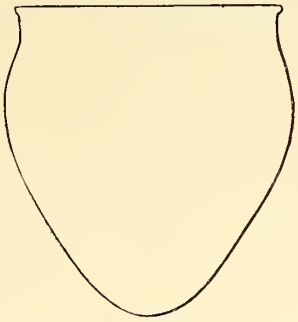

Fig. 7. — Abapó, $^1/_{23}$

disminuyen de tamaño, comienzan á tener asiento, constituído por el aplastamiento horizontal de la masa. Por último, las asas no son frecuentes en las diversas variedades de los vasos descriptos; cuando existen, se dirigen del borde al vientre (fig. 11) ó se destacan verticalmente sobre el mismo plano ecuatorial (fig. 12).

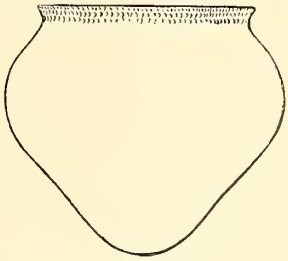

Fig. 8. — Macharetí, $^1/_{23}$

Aislada, y sin variedad alguna que yo conozca, existe también una forma subcilíndrica (fig. 13).

Creo que la forma oval, de cuello corto y cilíndrico, reproducida en la viñeta 14, ha originado por simple estran-

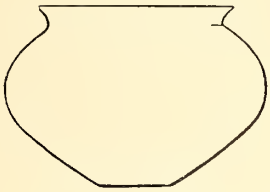

Fig. 9. — Tarairí, $^1/_{17}$

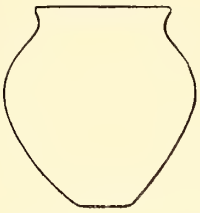

Fig. 10. — Tatarenda, $^1/_{17}$

Fig. 11.— Tatarenda, $^1/_{17}$

gulación del tercio inferior, el curioso tipo de vasos francamente infundibuliformes, ápodos, tan característicos de la cerámica Chiriguana. En esta serie, que comprende multitud de ejemplares, pues son muy utilizados, el cuello es ancho ó estrecho (fig. 15 y 16), cilíndrico ó en forma de embudo (fig. 17, 18 y 19) y de paredes onduladas ó bien verticales (fig. 16 y 17). Con ó sin labio, cuando lo tienen se dirige suavemente al exterior (fig. 16 y 17). También he notado, como en otros casos mencionados, que á medida que

Fig. 12. — Tarairí, $^1/_{17}$

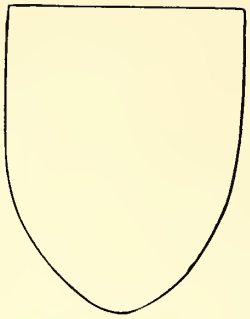

Fig. 13. — Abapó, $^1/_{23}$

los ejemplares se reducen en tamaño, comienzan á tener fondo ó pie [1]. Las asas no son frecuentes; en el único caso que las he encontrado (fig. 20), se hallaban colocadas en el tercio superior del vientre [2].

Por último, he hallado esporádicamente un tipo de vaso caliciforme que constituye una excepción, según me lo ha manifestado el señor Holmberg. Ápodo y ventricoso, su cuello dirigido al exterior, describe pliegues simétricos y elegantes (fig. 21).

Todas las piezas de que me he ocupado son de sección circular, salvo la representada en la viñeta 8 que es elíptica, particularidad excepcional sin duda alguna.

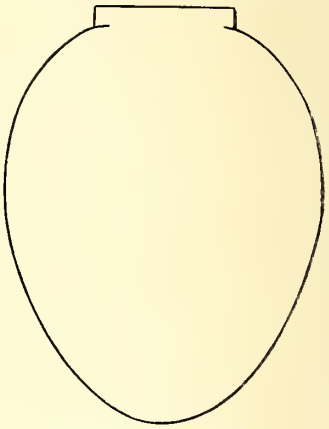

Fig. 14. — Abapó, $^1/_{21}$

Las condiciones especiales como realizaba su viaje el señor Holmberg, no le han permitido obtener mediciones detalladas de las numerosas alfarerías que encontraba [3]. Sin embargo, puedo ofrecer algunas cifras basadas sobre otros datos que poseo. Los vasos hemisféricos (fig. 1 y 31) tienen, generalmente, un diámetro ecuatorial que oscila entre 300 y 110 milímetros y una altura que rara vez excede de 150 y no disminuye de 60 milímetros. El subgloboso, representado en la figura 2

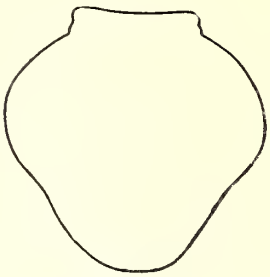

Fig. 15. — Tarairí, $^1/_{23}$

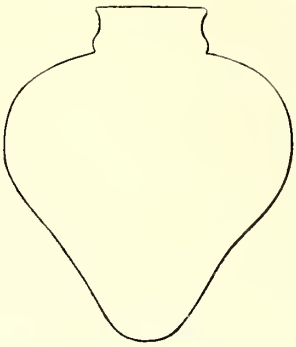

Fig. 16. — Tarairí, $^1/_{28}$

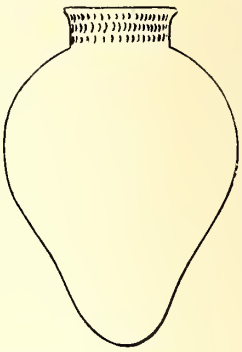

Fig. 17. — Macharetí, $^1/_{23}$

[1] Mis observaciones á este respecto las confirma Nordenskiöld quien ha constatado, igualmente, que los vasos pequeños tienen el fondo chato, mientras los grandes son siempre ápodos (Nordenskiöld, *Ibid.*, 20).

[2] Los Chiriguanos llaman *yambui* á los vasos de gran tamaño.

[3] Como las figuras incluídas en el texto han sido hechas casi en escala, será siem-

alcanza á 170 milímetros de ancho máximo y 130 milímetros de alto. El diámetro ecuatorial de los globulares (fig. 3 y 4), varía entre

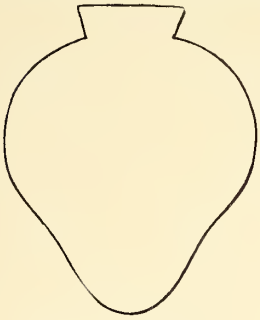

Fig. 18. — Tarairí, $^1/_{20}$

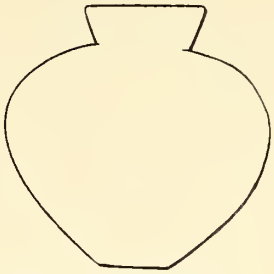

Fig. 19. — Quiriquirigua, $^1/_{20}$

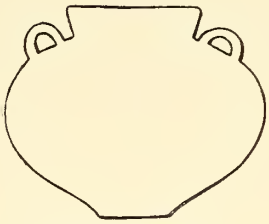

Fig. 20. — Abapó, $^1/_{20}$

400 y 250 milímetros y su altura es, casi siempre, de 400 milímetros.

Las pequeñas jarras que tengo en mi poder (fig. 5 y pl. 1, fig. 6) son de muy reducidas proporciones; ambas tienen el mismo ancho en el vientre é igual altura; una 120 × 120 milímetros, la otra 90 × 90 milímetros. En los vasos caliciformes (fig. 6 á 12), el diámetro ventral varía entre 900 y 400 milímetros, y su altura entre 900 y 300 milímetros. El subcilíndrico aislado (fig. 13), tiene 700 milímetros de ancho en la boca y 920 milímetros de alto. El óval que he

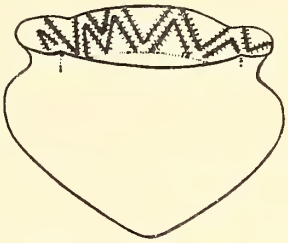

Fig. 21. — Tatarenda, $^1/_{12}$

Fig. 22. — Lagunillas, $^2/_5$

pre fácil obtener las dimensiones aproximadas de los diferentes detalles de las piezas reproducidas.

reproducido en la viñeta 14, alcanza á 850 milímetros de diámetro en el vientre y á 1100 milímetros de altura. En los infundibuliformes (fig. 15 á 20) el ancho del vientre ofrece como términos extremos 850 y 650 milímetros y para la altura 1000 y 550 milímetros. Por último, la forma atípica de la figura 21 no alcanza gran tamaño, pues tiene 225 milímetros de ancho y 150 milímetros de alto.

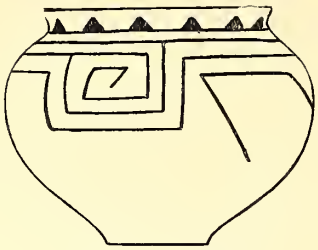

Fig. 23. — Tarairi, $^1/_6$

Las dimensiones de las piezas mayores no han variado lo más mínimo en los últimos tiempos; los grandes vasos que vió Wedell en Caraparirenda en 1845, tenían alrededor de 1000 milímetros de diámetro por 1200 milímetros de altura [1].

Fig. 24. — Tigüipa, $^1/_6$

Las paredes de los vasos, en general, no acusan un gran espesor; en los de mayor tamaño, tienen 15 á 20 milímetros; en los medianos, como el representado en la figura 30, no excedeu de 8 milímetros; en las reducidas jarritas ventricosas, oscilan entre 7 y 4 milímetros; pero, en cambio, el pequeño bol hemisférico reproducido en la viñeta 31, es relativamente grosero, pues sus paredes laterales tienen de 9 á 7 milímetros y el fondo alcanza á 15 milímetros.

Fig. 25. — Yacuiba, $^1/_3$

La sección de esas mismas paredes ofrece, casi sin excepción alguna, tres zonas bien marcadas; una ancha, central, de color negro, y dos exteriores, rojas, sumamente estrechas. Sin embargo, el vaso representado en la figura 22 es exterior é interiormente de color pardo obscuro, con una zona central gris clara, muy resistente.

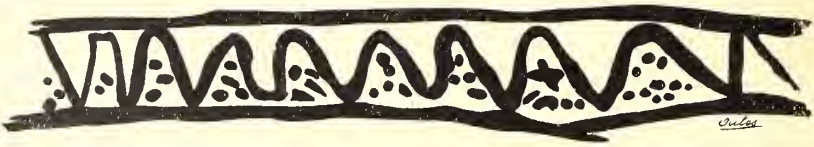

Fig. 26. — Desarrollo del adorno del cuello del vaso representado en la fig. 25, $^2/_3$

[1] H. Weddell, *Voyage dans le sud de la Bolivie*, en Francis de Castelnau, *Expédition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud, de Rio de Janeiro à Lima, et de Lima au Pará; Histoire du voyage*, VI, 56. Paris, 1851. Véase igualmente : P. Alejandro M. Corrado y P. Antonio Comajuncosa, *El colegio franciscano de Tarija y sus misiones*, 42, nota 1. Quaracchi, 1884.

Desde luego, inoficioso me parece decir que la mayoría de las alfarerías Chiriguanas que he visto son, originariamente, de un bello color *terra cotta* y, por excepción, pardo más ó menos obscuro. Conviene tener en cuenta, sin embargo, que dicho color es muy posible varíe con las localidades, vale decir, según sea el material empleado y su composición.

Un buen número de vasos Chiriguanos, ofrecen ornamentos que han sido expresados mediante alguno de los tres métodos conocidos: por *intaglio,* en relieve y con la ayuda de colores.

Erland Nordenskiöld [1] y el señor Holmberg, han podido observar que

Fig. 27. — Alfarerias de un rancho Chiriguano (Tarairí)

los ornamentos por *intaglio* consisten, tan sólo, en impresiones ungnicularcs ó de la yema de los dedos. Efectivamente ciertos tiestos de barro tienen en el cuello tres ó cuatro filas paralelas de impresiones digitales, casi siempre hechas con el dedo pulgar, ejerciendo presión lateral (fig. 8 y 17). Hay ejemplares, también, con la totalidad de las paredes ornamentadas mediante el procedimiento referido; en cuyo caso, las impresiones están distribuídas en series rítmicas paralelas, que siguen la dirección de los rodetes de arcilla con los cuales se construyó el vaso (fig. 22).

[1] Nordenskiöld, *Ibid.*, 12.

Los ornamentos en *ronde-bosse* son, en cambio, muy raros. Sólo he visto un vaso que los tuviera; el representado en la viñeta 3, cuyo cuello muestra una serie de elementos ovales superpuestos lateralmente y combinados con cierta elegancia.

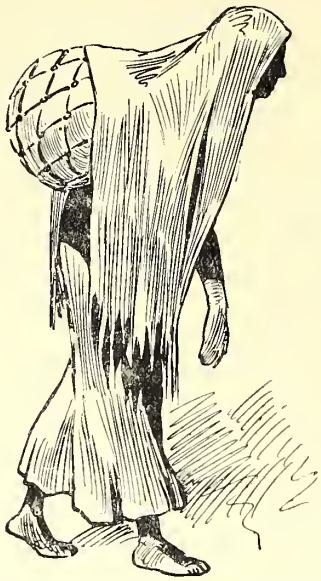

Fig. 28. — Mujer Chiriguana llevando á la espalda una alfarería (Quiriquirigua).

La ornamentación mono ó policroma de las paredes de las alfarerías, es muy frecuentemente empleada. La materia prima que utilizan los indígenas para realizarla, tiene, casi siempre, un origen mineral : arcillas ú ocres rojos, blancos y aun pardos. En algunos casos, muy pocos por cierto, se utiliza el hermoso color rojo proporcionado por los frutos de *Bixa orellana* L. [1]. Los colores minerales se aplican antes del cocimiento de las piezas que deben recibirlos; los vegetales, después de haberlo verificado; valiéndose, siempre, de un grosero pincel ó de plumas sueltas de gallina.

Los ornamentos, ya sean pintados con colores minerales ó vegetales, ocupan la superficie exterior de los vasos; por excepción una parte del lado interno del labio ó ancho cuello de las alfarerías caliciformes (fig. 21). Sin embargo, en todas las piezas de gran tamaño las pinturas sólo alcanzan á cubrir los dos tercios superiores del vientre; el otro queda sin ornamento alguno, pues debe enterrarse en el suelo para mantener la estabilidad del vaso (véanse, por ejemplo, las figuras 2 y 3 de la plancha II).

La combinación de los colores empleados, no es mayormente complicada ciertas

Fig. 29. — Portadoras de alfarerías (Lagunillas)

[1] Del Campana, *Ibid.*, 55.

veces se ha cubierto de rojo toda la superficie externa (fig. 30), ó se ha trazado una faja del mencionado color desde el labio hasta la mitad del vientre (fig. 31). En muchos casos, sobre la superficie natural — *terra cotta* — del cacharro, existen dibujos rojos (pl. I, fig. 3 y pl. II, fig. 2 y 3), ó negros y rojos (pl. I, fig. 1). En otros, sobre fondo rojo, se destacan ornamentos blancos (pl. I, fig. 4). Un grupo, bastante numeroso, comprende vasos pintados de blanco y, sobre dicho fondo,

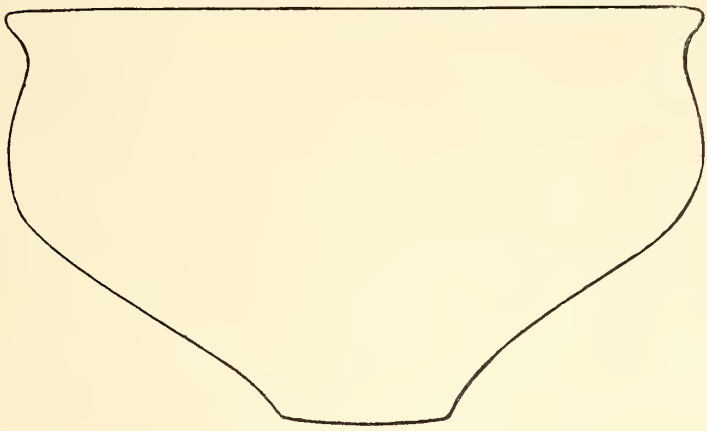

Fig. 30. — Río Ipa, $^1/_5$

elementos decorativos negros (fig. 23 y 24), pardo-obscuros (fig. 25) ó conjuntamente, negros y rojos (pl. I, fig. 5 y 6; pl. II, fig. 1). Por último, la combinación más compleja la ofrecen las piezas que tienen pintada la mitad inferior de rojo y la superior de blanco y, sobre este color, dibujos negros (pl. II, fig. 5), rojos (pl. I, fig. 2) y aun rojos y negros (pl. II, fig. 4).

La sencilla faja roja que rodea exteriormente el labio del pequeño bol representado en la viñeta 31, constituye, según mi modo de ver, el ornamento más simple.

Fig. 31. — Río Ipa, $^1/_4$

Sin embargo, la mayor parte de los vasos ofrecen en sus paredes combinaciones de líneas quebradas describiendo meandros más ó menos complicados (pl. I, fig. 1); ó que se hallan comprendidas, formando fajas, entre líneas horizontales (pl. I, fig. 2). El vaso representado en la viñeta 3 de la plancha I, ofrece una ligera variante constituída por la minúscula quebrada trazada sobre la recta que ciñe la estrangulación que forma el cuello, y por los menudos puntos alargados que se desprenden de la quebrada interrumpida que existe sobre la mitad superior del vientre.

En la jarra que he reproducido en la figura 25, los espacios angulares inferiores libres de los elementos geométricos que se han dibujado sobre el cuello, están ocupados por grupos de puntos en cantidad variable y,

uno de aquellos, por cierto grosero motivo cruciforme (fig. 26); además, en el vientre, los vértices de los ángulos de las líneas quebradas tienen, casi siempre, prolongaciones en forma de gancho.

En otra pieza (pl. I, fig. 4), rodea al cuello una serie rítmica de losanges blancos, mientras por el lado interno del labio (fig. 21), existen ornamentos, en apariencia geométricos, muy semejantes á los de un vaso de que ya me he ocupado.

El cántaro globular representado en la figura 5 de la plancha I, además de los elementos decorativos ya conocidos constituídos por combinaciones más ó menos felices de líneas quebradas y rectas, ofrece en los espacios libres de la ancha faja ventral, un nuevo motivo ornamental, formado por *chevrons,* de cuyos vértices se desprenden líneas quebradas en espiral; detalle repetido con harta frecuencia en otras muchas alfarerías Chiriguanas que conozco.

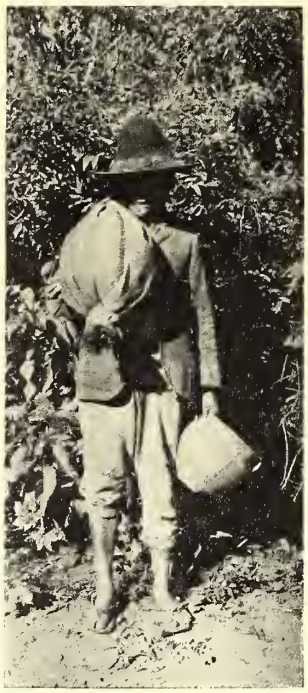

Fig. 32. — Chiriguano vendedor de alfarerías (Yacuiba)

Á pesar de la sencillez aparente de los motivos rectilíneos que se han trazado en los vasos reproducidos en las viñetas 23 y 24, es altamente curiosa la larga espiral que rodea hasta tres veces toda la periferia, iniciada, como puede verse en las figuras respectivas, en forma complicada y que termina, en cambio, con suma sencillez. Pienso que en este caso, se trata, sin duda alguna, de una representación zoomórfica muy estilizada.

En las jarras globulares (pl. I, fig. 6; pl. II, fig. 1), he encontrado curiosas composiciones meándricas en las que interviene la línea quebrada en espiral, tan frecuente en otras alfarerías de la misma procedencia [1]; y que llega á formar motivos ornamentales complejos y difíciles de analizar, como los que ofrece el vaso reproducido en la viñeta 4 de la plancha II de esta memoria.

Creo, sin embargo, que los ornamentos pintados más interesantes y característicos, son los que se han trazado en las paredes de los vasos

[1] Nordenskiöld *(Ibid.*, 12, fig. 10), ha reproducido semi-esquemáticamente una pequeña jarrita con ornamentos muy parecidos á los que describo en el texto de esta memoria. La composición meándrica, que ocupa el tercio superior del vientre, está formada con elementos curvilíneos de cuyos puntos de unión se desprenden las infaltables quebradas en espiral; por lo demás, el cuello está ocupado por líneas que se cortan, habiéndose colmado de puntos menudos los espacios libres del fondo.

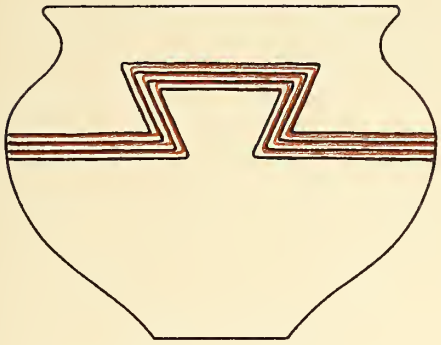

Fig. 1. — Entre Boyoibi é Ibi-Cuatí, $^1/_6$

Fig. 4. — Tatarenda, $^1/_4$

Fig. 2. — Tatarenda, $^1/_6$

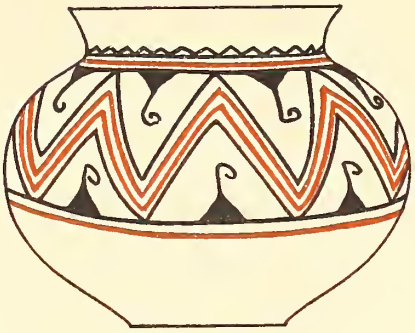

Fig. 5. — Tigüipa, $^1/_6$

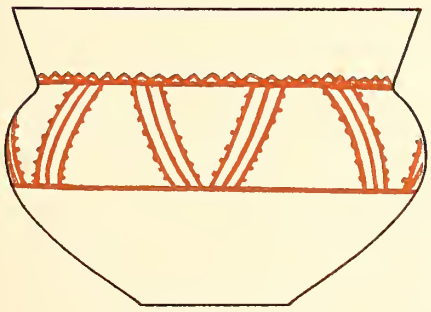

Fig. 3. — Tatarenda, $^1/_5$

Fig. 6. — Tigüipa, $^1/_2$

Fig. 1. — Tarairí, $^{2}/_{3}$

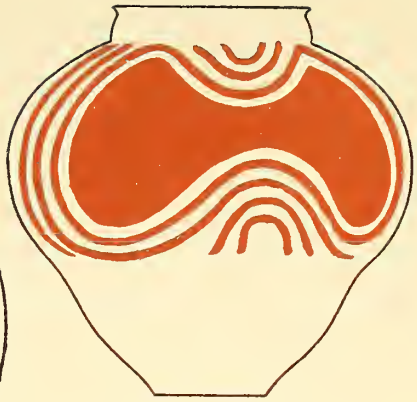

Fig. 3. — Tarairí, $^{1}/_{15}$

Fig. 4. — Yacuiba, $^{1}/_{7}$

Fig. 2. — Tarairí, $^{1}/_{15}$

Fig. 5. — Tigüipa, $^{1}/_{7}$

infundibuliformes (pl. II, fig. 2 y 3); series de elementos curvilíneos concéntricos, de efecto realmente original, que rodean una figura llena de forma bizarra. ¿Se trata, acaso, de ornamentos filomórficos altamente estilizados?

Por último, en cierto vaso que tengo á la vista aparecen representaciones ornitomórficas de un grosero realismo (pl. II, fig. 5) [1].

En ninguna de las piezas ó dibujos que me han sido comunicados, he hallado ornamentos francamente filomórficos; sin embargo, entiendo que los Chiriguanos los hacen intervenir [2] en la decoración de las alfarerías y aun en sus primitivas pirografías.

Los diversos tipos de alfarerías, y sus muchas variedades, descriptos en el curso de esta memoria, sirven, en primer término, para usos exclusivamente domésticos; las piezas pequeñas se destinan, desde luego, á las operaciones culinarias; las de mayor tamaño, es decir, los vasos infundibuliformes y caliciformes, se utilizan preferentemente para la preparación y conservación de *chicha,* la conocida bebida fermentada tan cara á los pueblos indígenas sudamericanos, ó también se deposita en ellos el agua y, en muchas localidades, se emplean aun, como ormas para el azúcar.

Los pequeños *menages* indígenas, por pobres que sean, poseen un ajuar completo y numeroso de las piezas referidas (fig. 27) que, en ocasiones, alcanzan á varias decenas.

Los vasos caliciformes é infundibuliformes han sido siempre muy abundantes á pesar de su tamaño; cuando Weddell recorrió en 1845 el oriente de Bolivia, notó que en el interior de las habitaciones indígenas de Caraparirenda y Abarenda había, casi sin excepción alguna, una fila de aquellas enormes alfarerías, semi-enterradas en el suelo y ocupando un costado del minúsculo recinto [3]. Sus observaciones fueron aun más interesantes en el valle del Tarairí; allí, en los pequeños caseríos Chiriguanos, en su plazuela central, se veía, invariablemente, una larga hilera de los referidos vasos enterrados hasta la mitad del vientre [4]. Otros observadores, en años posteriores, han podido constatar la exactitud de las referencias obtenidas por aquel distinguido botánico; el misionero franciscano fray Alejandro M. Corrado llegó á contar cierta vez en la plaza de Tarairí, hasta trescientos de los vasos mencionados [5].

[1] Del Campana, *Ibid.*, 55.

[2] Creo que las representaciones ornitomórficas á que aludo en el texto, son de *Gallus domesticus* L.

[3] Weddell, *Ibid.*, 56 y 258.

[4] Weddell, *Ibid.*, 305 y siguientes. El señor Holmberg me ha manifestado que cuando los grandes vasos deben contener una exagerada cantidad de líquido, se refuerza sus paredes mediante una atadura que rodea el cuello.

[5] Corrado y Comajuncosa, *Ibid.*, 44, nota 1; y agrega el padre Corrado : « que-

Por otra parte, cuando las mujeres indígenas llevan consigo un vaso de gran tamaño, lo conducen á la espalda dentro una red de fibras de las bromeliáceas á que me he referido en otro lugar de este memoria [1], que sostienen con la frente, tal cual lo hacían hace más de medio siglo [2] (fig. 28); pero, si el cántaro es reducido, las portadoras Chiriguanas lo colocan, simplemente, sobre la cabeza (fig. 29).

Algunos autores afirman que los indígenas tienen una alfarería especial reservada para las grandes festividades ó para honrar á huéspedes que consideren distinguidos [3]. No sé hasta qué punto pueda ser cierta dicha referencia; desconfío de su exactitud, tanto más cuanto que numerosos vasos de uso diario, tienen los mismos ornamentos que se ha supuesto constituían la característica de aquélla.

Dentro de las mismas tribus, además de aplicarse á los quehaceres domésticos, las grandes alfarerías tienen aún otro destino; sirven de sarcófago para depositar el cadáver de los individuos fallecidos. Se trata de una vieja costumbre de los Chiriguanos que, desde comienzos del siglo XVIII, han registrado en sus relatos los antiguos cronistas y han corroborado los viajeros y observadores contemporáneos [4]. El mismo

daban aún muchos que contar ». Conviene se sepa para explicar tal afluencia de cacharros, que los Chiriguanos celebran con frecuencia grandes festivales, llamados *aretes*, para los cuales cada familia lleva á la plaza del caserío los grandes vasos donde se prepara de ordinario la *chicha* (confr. CORRADO y COMAJUNCOSA, *Ibid.*, 44; véase, igualmente : A. THOUAR, *Explorations dans l'Amérique du Sud*, 54 y 241. Paris, 1891).

[1] En la población boliviana de Cordillera llaman *chipa* á las redes de que me ocupo en el texto; las mujeres Chiriguanas las traen de Izozoe y las designan en su idioma con el nombre de *añapoca*.

[2] WEDDELL, *Ibid.*, 20. Este viajero no se refiere precisamente á una red; dice : *portaient chacune une grande jarre suspendue entre les épaules par une bande qui passait sur le front.*

[3] CORRADO y COMAJUNCOSA, *Ibid.*, 42; DEL CAMPANA, *Ibid.*, 55.

[4] PEDRO LOZANO, *Descripcion chorografica del terreno, rios, arboles, y animales de las dilatadisimas provincias del Gran Chaco, Gualamba*, etc., 59. Córdoba (República Argentina), 1733; *Lettre du Père Ignace Chomé, missionnaire de la Compagnie de Jésus, au Père Vanthiennen de la même Compagnie* [Tarija, 3 de octubre de 1735], en *Lettres édifiantes et curieuses, écrites des missions étrangères*, VIII, 334. Paris, 1781; FRANCISCO DE VIEDMA, *Descripcion geografica y estadistica de la provincia de Santa Cruz de la Sierra*, en P. DE ANGELIS, *Coleccion de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna de las provincias del Rio de la Plata* [Cochabamba, 15 de enero de 1788], III, 181. Buenos Aires, 1836; G. JOLIS, *Saggio sulla storia naturale della provincia del Gran Chaco e sulle pratiche, e su'costumi dei Popoli che l'abitano*, I, 400. Faenza, 1789; A. D'ORBIGNY, *Voyage dans l'Amérique méridionale*, IV, 346. Paris, 1839-1843; A. D'ORBIGNY, *L'homme américain (de l'Amérique méridionale)*, II, 338 y siguiente. Paris, 1839; WEDDELL, *Ibid.*, 311; G. PELLESCHI, *Otto mesi nel Gran Ciaceo, Viaggio lungo il fiume Vermiglio*, 131. Firenze, 1881; THOUAR, *Ibid.*, 52; P. JOSÉ CARDÚS, *Las misiones franciscanas entre los infieles de Bolivia, descripción del estado de ellas en*

señor Holmberg encontró en las márgenes del río Ipa, entre Tarairí y Tigüipa, una inhumación en la forma mencionada; en el vaso representado en la figura 30 se habían depositado los restos de un párvulo y, junto, fué hallado el pequeño bol hemisférico que también reproduzco (fig. 31). Sin embargo, parece desprovista de verdad la afirmación de Pelleschi según la cual los indígenas decorarían especialmente los vasos destinados á usos funerarios [1].

Por otra parte, la cerámica Chiriguana dada su calidad, forma y ornamentación, es en aquellas lejanas regiones objeto de un comercio activísimo. Los vendedores indígenas (fig. 32) frecuentan las poblaciones bolivianas ofreciendo cacharros, y en sus giras comerciales llegan á Santa Cruz de la Sierra, Yacuiba y Lagunillas, donde no es extraño encontrar los enormes vasos caliciformes de originales ornamentos monocromos ó las pequeñas jarras blancas con dibujos rojos y negros dispuestos en meandros caprichosos.

Antes de dar por terminada esta memoria, deseo insistir sobre algunas particularidades de importancia observadas al estudiar el material descripto en los párrafos anteriores.

En primer término, las alfareras Chiriguanas sólo producen formas útiles, aplicables á las necesidades de la vida diaria, y no conozco pieza alguna destinada, al propio tiempo, á provocar sensaciones estéticas más ó menos intensas. Todas esas formas traicionan su origen por simple imitación de modelos naturales, en el caso extraídos sin duda alguna del reino vegetal — la calabaza, por ejemplo — lo que ha ocasionado por otra parte, y lo evidencia el sinnúmero de vasos semejantes, una pobreza notable de formas especializadas.

Á este respecto me refería el señor Holmberg que durante su viaje y en diversas poblaciones indígenas, trató de sugerir á las alfareras nuevas formas simples. Para ello les dibujaba el tipo deseado y las guiaba en la tarea; no obstante, el resultado fué siempre negativo : « creí que no veían el dibujo » — agregaba mi buen amigo — sin acordarse, quizá, que sólo se trataba del fondo primitivamente adquirido que persiste y resiste casi en forma instintiva.

Los ornamentos, siempre de un arcaísmo marcado y factura tosca, están desprovistos de valor ideográfico. Los unos, como los simples rodetes de arcilla más ó menos manifiestos (fig. 22) ó las impresiones digitales y un-

1883 y 1884. Barcelona, 1886; Corrado y Comajuncosa, *Ibid.*, 52 y siguientes; Del Campana, *Ibid.*, 114; E. Nordenskiöld, *Resa i gränstrakterna mellan Bolivia och Argentina*, en *Ymer*, 1902, 455 y siguiente. Stockholm, 1902; E. Nordenskiöld, *Travels on the boundaries of Bolivia and Argentina*, en *The Geographical Journal*, XXI, 522. London, 1903; Nordenskiöld, *Einige Beiträge*, etc., 18 y siguiente.

[1] Véase á este respecto : Del Campana, *Ibid.*, 115.

guiculares (fig. 8, 17 y 22), tienen un origen bien primitivo, que debe buscarse en el mismo sistema de construcción ó sugeridos por accidentes sobrevenidos en el curso del proceso de manufactura; pero hoy por hoy sería aventurado pronunciarse sobre el carácter de los ornamentos pintados. Pienso de cualquier modo, que en ningún caso denotan un origen eskeiomórfico; en cambio, es muy probable se trate de representaciones zoomórficas ó filomórficas altamente estilizadas [1].

En el Museo de La Plata, diciembre 12 de 1908.

[1] Las planchas cromolitografiadas agregadas á esta memoria, han sido confeccionadas en la casa de los señores Gunche, Wiebeck y Turtl. Por un descuido, al vaso ápodo representado en la figura 3 de la lámina II, se le hace aparecer como provisto de fondo plano. Me apresuro, pues, á hacer la salvedad del caso, dada la imposibilidad de subsanar en otra forma la falta cometida.